

La Sociedad Transcompleja y la Praxis Andragógica en la Educación Superior

Ricardo Gil Otaiza¹

Resumen

Con la irrupción del fenómeno de la globalización, las antiguas fronteras físicas e intelectuales que acotaban a nuestras universidades a las cuatro paredes de sus recintos, se abren para presentarnos un mundo interrelacionado, multicultural y pluricultural que respeta las diferencias y todas las manifestaciones del Ser. Un mundo que marcha hacia la materialización de la idea —hoy nada utópica— de un espacio sin fronteras y sin límites.

En consecuencia, se hace necesario partir del principio de la existencia de una sociedad transcompleja, interconectada, permeable a los cambios, a las corrientes del pensamiento, a las diferencias culturales, religiosas y políticas. Este es el escenario ideal para dar el paso hacia una nueva universidad sobre

¹ Farmacéutico. Magister Scientiarum en Educación Superior, Mención Docencia Universitaria. Magister Scientiarum en Gerencia Empresarial. Doctor en Ciencias de la Educación y Doctor en Educación, Mención Andragogía. Columnista del Diario Frontera y colaborador de El Universal y El Nacional. Investigador y conferencista. Profesor Asociado y Exdecano de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis de la Universidad de Los Andes. Correo Electrónico: rigilo99@hotmail.com

la base de una concepción andragógica que permita la interacción plena entre los diversos elementos que hacen vida dentro de la institución, así como su vinculación con el entorno social, ecológico y planetario.

La Andragogía se erige como la posibilidad cierta de dar a la vetusta educación superior venezolana —sobre todo a sus universidades— un nuevo cariz, una nueva imagen, un nuevo derrotero de excelencia, de pertinencia y de impacto planetario. Es el camino expedito para un desarrollo académico y científico sustentado en el ser humano, en sus valores, en sus inmensas posibilidades de construir un mundo mejor.

Palabras clave: andragogía, sociedad transcompleja, praxis universitaria, educación superior, Venezuela

Abstract

THE TRANSCOMPLEX SOCIETY AND THE ANDRAGOGICAL PRAXIS IN THE HIGHER EDUCATION

With the irruption of the globalization phenomenon, the ancient frontiers —physics and intellectuals— that was delimitating our universities into the walls of its precincts, are open now to present a interrelated, multicultural and pluricultural world which respects the differences and all the being's manifestations. It is a world that is underway toward the materialization of the idea —not entirely a utopia today— of a space without boundaries or limits.

In consequence, it is necessary to start from the principle of the existence of a transcomplex society which is interconnected; permeable by changes and thought tendencies, by the cultural, religious and political differences. This is the ideal scenery to make way for a new university on the basis of a andragogical conception that allows the plain interaction among the elements that constitute the institution, as soon as its link with the social, ecologic and planetary environment.

The Andragogy is emerging as the real possibility to give to the decrepit Venezuelan higher education —above all to its universities— a new outlook, a new image, a new direction of excellence and pertinence and a new planetarian impact orientation. It is the clear way for an academic and scientific development, sustained in the human being, in its values, in its immense possibilities to build a better world.

Palabras clave: androgogy, transcomplex society, university praxis, higher education, Venezuela

TERRORAL CAOS. Los Sistemas, como decía Peguy, son sistemas de tranquilidad, que amamos porque nos sentamos sobre ellos. Es una forma de vivir tranquilos, a cubierto de los peligros y asechanzas del Caos, de la oscuridad, del misterio, del más allá. Son bastiones contra la angustia que se levanta apenas asomamos un poco la cabeza a esa tierra pavorosa. Nos refugiamos en los Sistemas, en las Iglesias, en los Partidos, en las Ortodoxias, como chicos en las faldas de la madre. Son, en suma, manifestaciones de cobardía.

El hombre libre, el herético, el solitario, tiene que estar poseído de un valor casi demencial.

Ernesto Sábato (*HETERODOXIA*)

Nuestra experiencia como humanos subyace en la vorágine de inmensos desafíos existenciales, educativos y planetarios, que conllevan, necesariamente, la búsqueda de caminos y la toma de conciencia frente al devenir histórico del Ser. En momentos en los cuales nos reconocemos como parte y como todo de un mundo complejo, es decir, como seres inacabados, no podemos dejar de lado la importancia de la educación como herramienta para la hominización de ese ser biológico que avanza día a día hacia inmensos derroteros de realización, pero, que a la vez retrocede y amenaza con alcanzar su innata condición de primate y de ente meramente instintivo y carnal.

Con el paulatino derrumbe de los paradigmas que daban sustento al pensamiento y a la acción del hombre moderno, surge también la incertidumbre ante un mundo anegado en la incertidumbre y en el desconcierto. A partir de ahora ya no somos ciudadanos de un mundo que marcha ineludiblemente hacia un indetenible progreso y hacia el desarrollo, sino más bien somos seres que caminamos sin un rumbo fijo, sin certezas, sin grandes verdades que puedan ser llevadas como lazarillos para asegurarnos un puerto seguro, una llegada, un derrotero confiable.

La educación superior tiene como inexorable tarea contribuir con la creación de una conciencia planetaria, que posibilite entregar al mundo personas ganadas para la batalla por la vida, pero no por una vida de miseria y de humillación, tal y como sucede en muchos lugares del planeta, sino como espacios vitales que les permita identificarse plenamente con el otro, sin más anhelo que el poder alcanzar la

satisfacción de formar parte y de sentirse piezas claves del universo. Al mismo tiempo, constituir ese universo personal y social que nos recrea en su unidad y en su compleja vastedad.

Existimos sobre un planeta cuyo devenir no está sujeto a inexorables leyes de progreso y de satisfacción de los sueños y de las utopías. Hemos descubierto, no sin asombro ni decepción al mismo tiempo, que depende de nuestro esfuerzo y de nuestra actitud frente a las circunstancias propias y globales, el alcanzar mayores y mejores estadios de felicidad y de satisfacción humana. Hemos vivido y sufrido a lo largo de las últimas décadas el producto de un desarrollo deshumanizado, perverso, cuyas aristas no sólo nos alcanzan como humanitas, sino que su devastación ha afectado de manera devoradora el equilibrio de las fuerzas universales que nos enmarcan y acotan para siempre.

El progreso y la cultura planetaria deberán ir de la mano para que los ímpetus del primero no desboquen las fuerzas ocultas y poderosas de la segunda. Como humanos estamos en la obligación de poner frenos a la barbarie creada por un pensamiento científico y tecnológico que se olvidó de la concepción antropológica del desarrollo, cuya interpretación no puede ser otra que la expresada por Morin (2000): *“el verdadero desarrollo es el desarrollo de lo humano.”* Es decir, un desarrollo alejado de una ética que posibilite el respeto por lo humano y ecológico, es un arma vil para la autodestrucción y para la muerte. Un desarrollo que tan sólo busque satisfacer los requerimientos crematísticos de grupos o de tribus de poder, contraviene de manera flagrante todo principio humano de preservación de la cultura y de la vida, así como de la equidad y de la justicia.

Se hace perentorio repensar el desarrollo sobre la base de unos valores humanos que propendan devolverle al hombre su espacio para el crecimiento personal, intelectual, familiar y social. Espacio en cuya edificación juegue un papel fundamental la educación superior, pero no cualquier concepción que se tenga de ella, sino aquella basada en la amplitud, en la pluralidad, en la interrelación horizontal entre los factores o actores que la conforman, que respete la diferencias raciales, religiosas, sociales y culturales, que busque con afán la denominada hominización para devolverle a las personas la fe y la esperanza perdidas en un mundo

anegado en miseria, en odio, en inequidad, en injusticia y en el nefasto círculo de la muerte.

Ahora bien: ¿cómo acometer tan álgida tarea? Se hace prudente partir del principio de la existencia de una sociedad transcompleja, interconectada, permeable a los cambios, a las corrientes del pensamiento, a las diferencias culturales, religiosas, políticas e intelectuales. Una sociedad que marcha día a día hacia una amalgama que intenta aglutinar a la persona, sin distinción de ninguna índole. Una sociedad planetaria cuyas diferencias internas quedan supeditadas a los atisbos —ya un tanto silentes— de las características propias geopolíticas y culturales que penetran sus raíces en los más profundo de su tierra, pero que se yerguen en el horizonte de un mundo infinito en posibilidades. Una sociedad local y a la vez universal, que avanza sin cansancio hacia la denominada *unitas multiplex*, es decir, hacia la unidad sustentada en la diversidad humana (Morin, 2003).

Cambios paradigmáticos y Educación Superior

La educación superior venezolana no difiere mucho de la del resto de países de América Latina. Nuestra larga tradición cultural, producto del mestizaje (con algunos elementos para su comprensión: dominación, imperialismo, sumisión, servilismo, esclavitud, etc.) ha traído como consecuencia que seamos conservadores en la manera en que debemos enfocar nuestros objetivos educacionales, en pos de un país distinto, inserto sin rubores en los cambios científicos y tecnológicos que dominan a buena parte del mundo occidentalizado.

Nuestras más importantes instituciones universitarias continúan atadas a modelos decimonónicos de enseñanza y de aprendizaje. Muy poco se ha avanzado desde el punto de vista filosófico, epistemológico y teleológico, porque simplemente seguimos siendo esclavos de viejos y desfasados paradigmas, cuyas amarras nos mantienen adosados a creencias, teorías, leyes, metodologías y hasta posiciones académicas y personales, dejadas de lado desde hace mucho tiempo en otros contextos culturales.

Por otra parte, y como consecuencia de lo aquí expuesto, la cultura petrolera nacida en los albores del siglo XX permitió que fuésemos compradores de “tecnologías” foráneas, cuya inserción en nuestro medio académico y científico sirvió de camisa de fuerza, de corsé, para el crecimiento y el desarrollo de ideas, estrategias, lineamientos, políticas, etc., cuya aplicabilidad, pertinencia y necesidad estuviesen ajustadas realmente a la idiosincrasia del país y, por ende, de la sociedad venezolana.

La técnica del injerto académico tuvo gran acogida, no sólo por el facilismo que los petrodólares nos permitían, sino también por la eterna ausencia de un norte definido, de un camino expedito, de un sendero limpio en la vida nacional por parte de “caudillos”, “dirigentes”, “líderes”, “gerentes”, “rectores”, “presidentes”, “jefes de Estado”, y demás conductores políticos y sociales.

A lo largo de la vida de la nación venezolana ha prevalecido la imposición en todos los ámbitos, y mucho más en el educativo, de decisiones, resoluciones, ideas, proyectos, agendas, estrategias, etc., en lugar de la concertación lógica y razonada entre los representantes del Estado, con los entes productivos, las universidades y la sociedad organizada. Aquí sólo ha funcionado la imposición, el implante forzoso, la endogamia, el incesto académico, el amiguismo, el compadrazgo, la prebenda, el pase de factura y la complicidad, en lugar del análisis certero y profundo en torno hacia dónde debe marchar la educación, qué se espera de ella, y cuáles son los requerimientos de la nación, del continente y del planeta en dicha materia.

En el ámbito de la educación superior venezolana todavía está presente el eterno fantasma del paradigma newtoniano-cartesiano, y consecuentemente vemos y sufrimos sus resultados. En las universidades, en los ICU, en las aulas y en los campus, los actores del proceso, es decir, profesores y estudiantes, no hemos podido superar la cuadrícula mental de la clase magistral, del podium, de la imposición de ideas preconcebidas y prejuiciadas, de la aplicación unívoca y discrecional de evaluaciones con carácter punitivo, de la ausencia de la discusión académica e intelectual sin bozal y sin amarras, del miedo a las nuevas tecnologías, de la ausencia de una verdadera extensión

universitaria, de una investigación poco pertinente y anclada a una visión sesgada del mundo fenoménico, de una producción intelectual baja, y de la inexistencia de producción científica y tecnológica que haga de Venezuela una nación competitiva en los complejos mercados internacionales.

La universidad venezolana permanece anclada a la idea de una sociedad cerrada, con fronteras, no-interconectada y no-relacionada. Con la irrupción del fenómeno de la globalización, las antiguas fronteras físicas e intelectuales que acotaban a nuestras universidades a las cuatro paredes de sus recintos, se abren para presentarnos un mundo cuya complejidad no desecha lo simple, sólo lo integra. Un mundo interrelacionado, multicultural y pluricultural que respeta las diferencias y todas las manifestaciones del Ser. Un mundo que marcha cada vez a materializar la idea —hoy nada utópica— de un espacio sin fronteras y sin límites.

La tarea de las universidades en medio de una sociedad transcompleja e interrelacionada no debe —ni puede— ser tan sólo formar profesionales para que vayan al campo laboral a poner en práctica sus acotados y volátiles “conocimientos”, sino entregar hombres y mujeres conscientes de su rol en medio del caos y la incertidumbre presentes. La preocupación universitaria debe estar inserta en la extraordinaria aventura de formar ciudadanos ganados a una civilidad planetaria, que vayan a dar respuesta a la necesidad de concienciar al ser humano en torno a su fundamental papel de hacer mejor y más vivible su propio mundo de relaciones, así como el minimizar el impacto que la tecnociencia —y un desmesurado desarrollo— ha dado a los maltrechos recursos naturales no renovables, lo cual pone en grave riesgo la supervivencia de la civilización y del planeta.

Superar el estancamiento paradigmático para dar el necesario salto cualitativo y así pasar de una sociedad meramente tecnológica, a otra transcompleja, que busque —entre otras cuestiones— la hominización del Ser, en medio del caos y de la incertidumbre, es tarea de la educación superior, y de sus hacedores naturales. Una educación planetaria que propicie los caminos para alcanzar “una mundología de la vida cotidiana” (Morin, *Ibid.*), no puede soslayarse en aras de un desarrollo en el cual

se excluya al hombre y a la mujer, es decir, al ser humano, porque acentuaríamos la brecha existente entre planeta y humanidad, entre sociedades ricas y sociedades pobres, entre preservación ecológica y destrucción del medio ambiente.

La Andragogía y los nuevos horizontes de la Educación Superior

Los retos que nos plantean la sociedad transcompleja y el mundo globalizado impulsan a repensar cuál deberá ser la Misión y la Visión de la educación superior, de manera específica de las universidades. Como quedó dicho, el pensamiento complejo nos permite vislumbrar nuevos horizontes en los derroteros de las universidades, así como cambios profundos que la impulsen hacia metas de crecimiento y de desarrollo organizacional. Esa nueva praxis universitaria no crece ni se estimula sin la participación activa de factores determinantes que confieran a los procesos académicos giros insospechados en sus aspectos filosóficos, epistemológicos, teleológicos y metodológicos.

La Andragogía, como la ciencia de enseñar a los adultos, se nos presenta como una posibilidad cierta de enrumbar el quehacer de los actores del proceso educativo —entiéndase ahora: facilitadores y participantes—, hacia mayores y mejores derroteros. Creemos en una Andragogía, no como muchos la perciben: cambios “cosméticos” dentro de un aula que propendan a unas clases más dinámicas y entretenidas, con las que ambos estén “satisfechos”, sino como un proceso complejo, denso, que incluye cambios en todos los órdenes del acontecer individual, intelectual, universitario, social y planetario, así como la interrelación e integración de potencialidades, técnicas, esfuerzos, metodologías, estrategias, filosofías, actitudes, aptitudes, pensamientos, corrientes e influencias, para el logro de un Ser integral, ganado para la civilidad, y para la vida en una sociedad diversa, dinámica, cambiante y compleja.

Ahora bien, para que todo ello sea posible se hace necesario un cambio de mentalidad, un cambio paradigmático. No es posible dar un giro de 180 grados a un proceso que tiene varios siglos de tradición

napoleónica, por la simple y a la vez compleja circunstancia de un requerimiento de inserción en un mundo que cambió de rostro, de perfil y de fisonomía. Es por esto que la Andragogía se inserta dentro del proceso universitario con una fuerza insospechada, para que desde su episteme pueda incidir en la praxis académica para conferirle al proceso de enseñanza-aprendizaje, fluidez, horizontalidad, sinergia e íntima relación entre sus actores fundamentales, llevándolo de la mano hacia una vertiente de orientación-aprendizaje.

El marco de la sociedad transcompleja es el escenario ideal para dar el paso hacia una nueva universidad sobre la base de una concepción andragógica. La interacción plena entre los diversos elementos que hacen vida dentro de la institución, así como su vinculación con el entorno (social, ecológico y planetario), constituyen pivotes en la consecución de la denominada —según la perspectiva de Morin, (Ibíd.)— multidimensionalidad de la realidad planetaria, de la interacción, de la solidaridad entre factores, de la conjunción entre los diversos procesos que conforman su totalidad, de su visión universal del mundo y de sus circunstancias puntuales y globales.

La Andragogía, como intérprete de la complejidad del mundo y de la institución universitaria, se erige pues en vaso comunicante, en vínculo, en conector entre esas realidades diversas y convergentes a la vez. La educación superior no puede por lo tanto estar de espaldas a un mundo diverso, denso, cuya complejidad e incertidumbre rebasa los linderos de un entendimiento paradigmático cartesiano que tiende a simplificar los fenómenos en su afán por estudiarlos y comprenderlos.

Ver la realidad con una simplicidad rayana en la ignorancia, es negarse a la esencia natural y sobrenatural del Ser humano. Es buscar en la superficie respuestas a inquietudes que sólo pueden ser dilucidadas, abordadas, estudiadas y analizadas cuando ahondamos en la profundidad pluridimensional y plurifactorial de un hombre y una mujer finitos, pero ganados para una eternidad. Es intentar rastrear en el suelo aquello que sólo puede ser asido, encontrado, hallado, en la cima de una montaña y por encima de ella.

Una educación superior de cara a una sociedad transcompleja pretende rebasar sus propios límites teleológicos, para adentrarse en la entrega de una persona que, no sólo hace del mundo su propia casa y su escuela, sino que entiende a cabalidad la necesidad de ir hacia una cultura sustentada en el respeto por los otros y por el afianzamiento de la paz. Una educación superior que comprenda que la vida es una aventura incierta, una errancia, una eterna búsqueda de caminos y de preguntas, más que de respuestas.

Una reflexión necesaria

El mundo contemporáneo es una eterna caja de Pandora, una incertidumbre, una interrogante permanente. El rompimiento paradigmático suscitado en los años recientes ha traído como consecuencia el impostergable replanteamiento de la Misión y la Visión de la educación superior, como elementos claves para la configuración de ese nuevo Ser humano profundamente consustanciado con la sociedad y con el planeta. Ahora bien, si entendemos por complejidad al “*tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico*” (Morín, 2003: 32), no podemos menos sino expresar que la educación superior debe ser el receptáculo, el caldo nutritivo, la médula, desde donde partan todas aquellas estrategias que permitan a la sociedad y a la persona comprender lo que sucede a su alrededor (contexto, medio ambiente, planeta) y actuar en consecuencia.

Bajo tales premisas deberá darse lógicamente una revisión acerca de la ciencia, la academia y sus actores. Los absolutos, las verdades irrefutables, los dogmas, las certezas, las cuadraturas mentales, las defensas a ultranza de posiciones intelectuales, así como los prejuicios irrenunciables entre bandos de investigadores o académicos, no se pueden seguir manteniendo incólumes en una sociedad cuya complejidad llega desde todos los ángulos posibles para instalarse.

Nada permanece inalterado en un contexto de cambio constante, de vertiginosidad absoluta, de incertidumbre total, de caos y de entropía. Pero resulta que, paradójicamente, ese mismo cambio y esa misma

incertidumbre es fuente de esperanza para cientos de millones de personas que en todo el orbe buscan encontrar un lugar y una respuesta. Ese pensamiento disgregador y fraccionado que alguna vez posibilitó hacer ciencia y comprender al mundo para cambiarlo, hoy se ve interpelado por las fuerzas de una complejidad que se yergue como parte de una anhelada convivencia entre seres humanos, es decir, entre seres iguales y distintos, simples y diversos, finitos y eternos, unívocos y plurifactoriales...

Una educación superior ganada para interrelacionar dominios, eslabones y estamentos antes fracturados, es el cruce de caminos extraviados en el tiempo y en el espacio. Es la búsqueda silente —pero efectiva— de rutas para un desarrollo sustentado en lo antropológico, es decir, en el hombre. Es intentar la convergencia de lo divergente, sin que se pierda su espectro de posibilidades. Es luchar por el bien preciado de la paz, de la hominización del hombre y de la mujer en medio de una lucha sin cuartel por la supervivencia y la supremacía del más fuerte. Es apostar por una educación para la civilidad y para la paz, sin dejar de lado lo que de bueno genera la disidencia, el enfrentamiento, el disentimiento en un clima plural, rico, diverso, de respeto y de tolerancia.

La Andragogía juega en todo este panorama un papel protagónico, estelar, al lograr catalizar y amalgamar procesos humanos y académicos. Pretende servir de puente de unión, de vaso comunicante entre la vieja concepción educativa punitiva y castradora de potencialidades —hoy todavía vigente en muchas instituciones educativas—, con un proceso humano y académico en el cual la interrelación, la realimentación, la sinergia y la horizontalidad facilitador-participante son la clave para la transformación institucional y de su entorno social y ecológico.

La Andragogía se erige como la posibilidad cierta de dar a la vetusta educación superior venezolana —sobre todos a sus universidades— un nuevo cariz, una nueva imagen, un nuevo derrotero de excelencia, de pertinencia y de impacto planetario. Es el camino expedito de un desarrollo académico y científico sustentado en el humano, en sus valores, en sus inmensas posibilidades de construir un mundo mejor, sin el atropello constante al medio entorno natural, cuya vulnerabilidad se hace cada día mayor frente a las arremetidas de un progreso y de un desarrollo

tecnocientífico que ignora la urgente tarea que tenemos los seres humanos de preservarlo como herencia de las presentes, a las futuras generaciones.

Las rutas y desafíos de la educación superior venezolana, en medio de la sociedad transcompleja y globalizada, no son otras que el promover desde su seno los cambios tendentes a elevarla por encima de la finitud de los tiempos, a objeto de que entregue al país y al mundo un humano y un ciudadano ganados para la convivencia pacífica y para un desarrollo que propicie su hominización, en lugar de su degradación y humillación permanentes. Una educación superior que luche (sobre la base de los universales principios andragógicos) por la integración del pensamiento y la interrelación de todos aquellos procesos humanos y académicos